

Jo Guldi y David Armitage

Manifiesto por la Historia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The History Manifesto*
Esta obra fue publicada originalmente en inglés
por Cambridge University Press.
Traducción de Marco Aurelio Galmarini

Primera edición: 2016
Primera reimpresión: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jo Guldi y David Armitage, 2014
© de la traducción: Marco Aurelio Galmarini, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-304-1
Depósito legal: M. 404-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Agradecimientos
13	Introducción: ¿La hoguera de las Humanidades?
36	1. Avanzar mirando hacia atrás: el surgimiento de la <i>longue durée</i>
77	2. El pasado breve, o la retirada de la <i>longue durée</i>
117	3. Lo largo y lo corto. Cambio climático, gobernanza y desigualdad a partir de la década de 1970
163	4. Grandes cuestiones; <i>big data</i>
212	Conclusión: El futuro público del pasado
229	Notas
275	Índice de figuras
277	Índice analítico

Agradecimientos

Manifiesto por la Historia tiene origen en múltiples discusiones acerca del futuro de la Historia, el retorno de la *longue durée* y el papel de las universidades en la cultura pública. Jo Guldi evoca a Jeremy DuQuesnay Adams y David Nirenberg como las personas que plantaron las semillas de las que surgió el tema del libro. De la misma manera, David Armitage recuerda que sus diálogos con Alison Bashford y Darrin McMahon fueron básicos en la formación de su pensamiento. Las conversaciones condujeron a la colaboración; una ponencia para un seminario se convirtió en artículo, y la ampliación de dicho artículo dio lugar al presente libro. Hemos intercalado el trabajo entre muchos otros compromisos personales y profesionales. Jo Guldi agradece especialmente a Zachary Gates su paciencia y su apoyo; David Armitage quiere rendir su homenaje al personal del Departamento de Historia de la Universidad de Harvard, y ambos agra-

decemos a Zachary Davis su eficaz y creativa asistencia en la investigación.

Hemos presentado versiones previas de nuestra argumentación en la Yale Law School, en el Departamento de Historia de la Brown University y en el Reid Hall de París. Estamos muy agradecidos al público presente en esas ocasiones por sus comentarios y por su estímulo, así como a Jenny Andersson, Margy Avery, Omer Bartov, Peter Burke, Jennifer Burns, Harold Cook, Simon De-Deo, Matt Desmond, Paul Freedman, Stella Ghervas, John Gillis, Tom Griffiths, Lynn Hunt, Daniel Jütte, Jeremy Kessler, Dan Smail, Anna Su, John Witt y Daniel Woolf por sus comentarios y sus respuestas. Vaya también nuestro agradecimiento a los editores de los *Annales*, en especial a Étienne Anheim y Antoine Lilti, por la ayuda que nos brindaron al publicar en su revista un ensayo con material extraído de los capítulos 1 y 2.

Manifiesto por la Historia ha sido fruto de un trabajo de colaboración muy poco frecuente, no sólo en lo que atañe a los autores, sino también entre éstos y Cambridge University Press. Richard Fisher, editor de extraordinaria visión, apoyó nuestra empresa desde el primer momento y desde las instancias más altas de la empresa editora. Sin la energía editorial, el entusiasmo y el impulso de Liz Friend-Smith, es probable que el libro no se hubiera iniciado y completamente seguro que no se habría terminado. Christina Sarigiannidou y Rosalyn Scott se encargaron con calma y buen humor de un programa de producción de una intensidad sin precedentes, Barbara Docherty fue una modélica revisora de textos desde su alocado trazo inicial hasta la última línea, y

Agradecimientos

Caroline Diepeveen realizó un excelente índice en tiempo récord. El compromiso absoluto de la editorial en lo que respecta al acceso abierto a *Manifiesto por la Historia* y su publicación en línea ha sido a la vez innovador e inspirador. Damos la bienvenida a la discusión más amplia que este experimento pueda provocar e invitamos amablemente a los lectores a que se unan a la conversación en historymanifesto.cambridge.org.

Jo Guldi, Providence, RI
David Armitage, Sídney
Julio de 2014

Introducción

¿La hoguera de las Humanidades?

Un fantasma recorre nuestra época: el fantasma del corto plazo.

Vivimos un momento de crisis acelerada, cuya característica es la escasez de pensamiento a largo plazo, y esto a pesar de que la elevación del nivel del mar amenaza a las comunidades de zonas bajas y a las regiones costeras, las ciudades del mundo acumulan cada vez más desechos y las acciones humanas contaminan los océanos, la tierra y el agua subterránea de futuras generaciones. Nos enfrentamos al aumento de las desigualdades económicas en el seno de las naciones pese a la reducción de las desigualdades entre países, mientras que las jerarquías internacionales vuelven a condiciones desconocidas desde finales del siglo XVIII, cuando China dominó por última vez la economía global. ¿Dónde está –podríamos preguntar– la seguridad? ¿Dónde la libertad? ¿A qué llamarán «hogar» nuestros hijos? No existe ninguna ofi-

cina pública que se ocupe del largo plazo a donde se pueda acudir para preguntar quién, en caso de haberlo, se está preparando para responder a estos importantísimos cambios. En cambio, casi todos los aspectos de la vida humana se traman y se juzgan, se empaquetan y se pagan de acuerdo con escalas temporales de unos pocos meses o años. Hay pocas ocasiones para liberar esos proyectos de su anclaje al corto plazo. En efecto, raramente se pensará que vale la pena plantear cuestiones a largo plazo.

En la era de la campaña permanente, los políticos no planifican más allá de su próxima apuesta electoral. En los discursos públicos invocan a hijos y nietos, pero lo que determina la prioridad relativa de las cuestiones son los ciclos electorales, de entre dos y siete años. El resultado de ello es menos dinero para infraestructuras y escuelas que se desmoronan y más para cualquier iniciativa que prometa puestos de trabajo inmediatos. La misma cortedad de miras rige la manera en que la mayoría de los consejos directivos de las grandes corporaciones organizan su futuro. Ciclos trimestrales implican la necesidad de que los ejecutivos muestren beneficios con regularidad¹. Las inversiones a largo plazo en recursos humanos desaparecen del balance, de modo que son recortadas. Por su parte, las instituciones internacionales, las asociaciones humanitarias y las organizaciones no gubernamentales (ONG) tienden a seguir la misma lógica y a adaptar sus programas a previsiones anuales o, a lo sumo, trianuales. Al parecer, nadie —funcionarios del Estado o dirigentes empresariales, votantes o receptores de ayuda internacional—, nadie, puede escapar a la amenaza crónica del cortoplacismo.

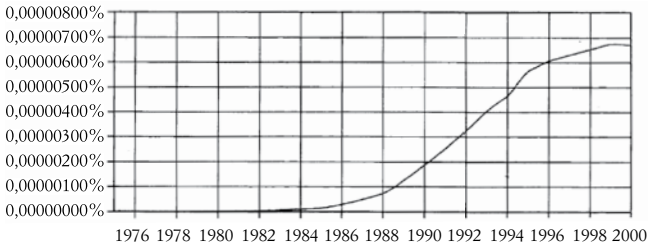
Por supuesto que hay individuos que se rebelan contra esta corriente. En 1998, el ciberutopista californiano Stewart Brand creó la Long Now Foundation (Fundación del Largo Ahora) para promover la conciencia de términos temporales más amplios.

La civilización –escribió– se hunde cada vez a mayor velocidad en un arco de atención patológicamente estrecho. Es imprescindible algún correctivo que compense esta miopía, algún mecanismo o mito que estimule la visión a larga distancia y la asunción de responsabilidades a largo plazo, en virtud del cual se mida el «largo plazo» por lo menos en siglos.

La solución carismática de Brand a este problema de cortoplacismo es el Reloj del Largo Ahora, un mecanismo que opera de acuerdo con un intervalo de computación de 10.000 años, diseñado precisamente para medir el tiempo en siglos, incluso en milenios².

Pero la ausencia de perspectivas a largo plazo permanece en nuestra cultura. La enfermedad tiene incluso nombre: «cortoplacismo». Hay mucha gente que practica el cortoplacismo, pero poca que lo defienda. En la actualidad está tan profundamente arraigado en nuestras instituciones que se ha convertido en un hábito que se adopta con frecuencia, aunque raramente se justifica, y del que muchos se quejan, aunque raramente se diagnostica. Sólo se le dio un nombre, al menos en inglés (*short-termism*), en la década de 1980, después de lo cual el hábito se incrementó extraordinariamente (véase Figura 1).

El diagnóstico más ambicioso del cortoplacismo hasta hoy es el que expuso la Martin Commission for Future Generations de Oxford. En octubre de 2013, un selecto panel presidido por Pascal Lamy, ex director general de la Organización Mundial del Comercio (OMC), publicó su informe, titulado *Now for the Long Term*, «centrado en el creciente cortoplacismo de la política moderna y nuestra incapacidad colectiva para superar el atasco que impide afrontar los desafíos mayores que modelarán nuestro futuro». Aunque el tono del informe no era precisamente optimista, su fuerza impulsora era una visión de futuro. Su máxima podían haber sido las palabras citadas en su introducción y atribuidas al ex primer ministro francés Pierre Mendès France: *gouverner, c'est prévoir*, gobernar es prever³.



Fuente: visor de Google Ngram.

Figura 1.—Uso del «cortoplacismo», c. 1975-2000

Es posible que imaginar el largo plazo como alternativa al corto plazo no sea tan difícil, pero es probable que poner en práctica el largoplacismo resulte mucho más problemático. Cuando las instituciones o los individuos

se proponen mirar al futuro, es notable su ignorancia de cómo hacerlo. En lugar de recurrir a hechos, normalmente apelamos a teorías. Se nos ha dicho, por ejemplo, que hubo un final de la Historia y que la Tierra está caliente, plana y abarrotada⁴. Hemos leído que todos los acontecimientos humanos son reductibles a modelos derivados de la Física, traducibles en términos económicos o de Politología, o bien explicables por una teoría de la evolución que vuelve la mirada a nuestros antepasados cazadores-recolectores. Hay artículos de fondo de la prensa que aplican modelos económicos a los luchadores de sumo y la Antropología paleolítica a las citas amorosas⁵. Estas lecciones se repiten en los telediaris, y sus partidarios se ven elevados a la categoría de intelectuales públicos. Sus reglas parecen apuntar a palancas inmutables que gobiernan nuestro mundo, pero no hacen demasiado por explicar la cambiante jerarquía de las economías, ni los cambios en la identidad de género, como tampoco las reconfiguraciones del sistema bancario de las que nuestra época ha sido testigo. Sólo en raras conversaciones alguien llama la atención sobre los cambios a largo plazo que se están produciendo a nuestro alrededor, cambios relevantes y fáciles de advertir. No cabe duda de que el mundo que nos rodea es un mundo en proceso de cambio y que no es posible reducirlo a modelos. ¿Quién está preparado para esperar tranquilamente y traducir para los demás estas vibraciones temporales más profundas?

Llama la atención que incluso quienes se han dedicado a examinar el futuro sólo hayan dirigido una corta mirada al pasado. El Reloj del Largo Ahora de Stewart Brand

apunta a diez mil años hacia adelante, pero apenas un siglo hacia atrás. La Comisión Martin buscaba evidencias de diversas «megatendencias», entre las cuales estaban el crecimiento de la población, los cambios en materia de migración, empleo, desigualdad, sostenibilidad y atención sanitaria, pero la Comisión no contaba con historiadores que les dijeran cuánto habían cambiado estas tendencias en el término de una vida o en el auténtico largo plazo de siglos o milenios. En realidad, pocos de los ejemplos que cita la Comisión en *Now for the Long Term* son anteriores a finales de los años cuarenta del siglo pasado. La mayor parte de los indicios que presentan estos sedicentes futurólogos está tomada de los últimos treinta años, pese a que la sección más importante del informe llevaba por título «Mirar hacia atrás para mirar adelante». Semejante miopía histórica es por sí misma un síntoma del cortoplacismo que se proponen superar.

Por cierto, el mundo que nos rodea está ávido de pensamiento a largo plazo. En los departamentos de Ciencias Políticas y en las sobremesas de almuerzos y cenas los ciudadanos de todo el mundo se lamentan del estancamiento político y de los límites de los sistemas bipartidistas. Una carencia de alternativas serias al capitalismo del *laissez-faire* es el sello de la gobernanza del mundo contemporáneo, del Banco Mundial a la OMC. Las monedas, las naciones y los niveles del mar bajan y suben. Hoy ni siquiera son estables las profesiones de las economías avanzadas que en la generación anterior obtenían los puestos de trabajo más seguros. ¿Qué clase de educación prepara a los individuos para tanta volatilidad en su vida? ¿Cómo aprende una persona joven no sólo a escu-

char y comunicar, sino también a juzgar las instituciones, a apreciar qué tecnologías son portadoras de promesas y cuáles están condenadas al fracaso, a pensar de manera flexible en el Estado y el mercado, así como en las conexiones entre uno y otro? ¿Y cómo puede hacerlo con la mirada puesta tanto en el lugar de donde venimos como en aquel al que nos dirigimos?

* * *

Pensar en el pasado con el objeto de ver el futuro no es en realidad tan difícil. La mayoría de nosotros es consciente del cambio ante todo en la familia, pues observamos las omnipresentes tensiones entre una generación y la siguiente. Incluso en estos intercambios familiares miramos hacia atrás a fin de ver el futuro. Las personas sagaces, ya se trate de activistas o de empresarios, dependen por igual de una percepción instintiva del cambio del pasado al presente y al futuro mientras se abren paso por sus actividades cotidianas. Advertir un cambio importante en la economía antes de que lo hagan los contemporáneos puede llevar a amasar una fortuna, como ocurre en el caso del especulador inmobiliario que se da cuenta antes que otros agentes de que los ricos se están desplazando a un antiguo gueto. La conciencia de un cambio en la política, una concentración de poder sin precedentes en las grandes corporaciones y el rechazo de la legislación anterior es lo que precipitó un movimiento como Occupy Wall Street. Con independencia de la edad y de la seguridad de los ingresos, todos nos hallamos inmersos en la tarea de dar sentido a un mundo en

proceso de transformación. En todos los casos, la comprensión del nexo entre el pasado y el futuro es decisiva para influir en lo que viene.

Pero ¿quién escribe sobre estos cambios como desarrollos a largo plazo? ¿Quién alimenta con el material de nuestro pasado colectivo a quienes buscan futuros más brillantes? Hay a menudo siglos y épocas demasiado misteriosos y amplios como para que los periodistas se ocupen de ellos. Únicamente en raras conversaciones se percibe la existencia de importantes persistencias y la posibilidad de apreciarlas. ¿Quién está en condiciones de esperar tranquilamente y traducir para los demás estas vibraciones temporales más profundas?

Las universidades son objeto de una especial reclamación en tanto ámbitos específicos para pensar de acuerdo con escalas temporales más amplias. Históricamente, las universidades se han hallado entre las instituciones más flexibles, resistentes y duraderas que el hombre haya creado. La Universidad de Nalanda, en Bihar, India, fue fundada hace más de mil quinientos años como institución budista y hoy se la está recuperando como sede educativa. Las grandes fundaciones europeas de Bolonia (1088), París (c. 1150), Oxford (1167), Cambridge (1209), Salamanca (1218), Toulouse (1229) y Heidelberg (1386), por nombrar tan sólo unas pocas, se remontan a los siglos XI a XIV, y en Perú y México hubo universidades a mediados del siglo XVI, unas décadas antes de que se crearan Harvard o Yale. En contraste, se ha calculado en unos setenta y cinco años el promedio de vida de una gran empresa del siglo XX; es posible que sólo haya en el mundo dos compañías comparables en longevidad a la mayoría de las universidades⁶.

Las universidades, junto con las instituciones religiosas, son las portadoras de las tradiciones y las guardianas del conocimiento profundo. Deberían ser los centros de innovación donde la investigación se realizara sin tener en cuenta el beneficio ni la aplicación inmediata⁷. Es precisamente este relativo desinterés lo que ha dado a la universidad la capacidad para reflexionar sobre cuestiones a largo plazo utilizando también recursos a largo plazo. Como ha observado el vicerrector de la universidad más antigua de Oceanía, la de Sídney (1850), las universidades siguen siendo

el único agente capaz de realizar inversiones en investigación infraestructural intensiva a largo plazo [...] Las empresas buscan en general que la inversión dé ganancias en un período de pocos años. Si las universidades adoptan un enfoque parecido, simplemente no habrá ya ninguna entidad en el mundo con capacidad para sostener investigaciones cuyo horizonte se proyecte de aquí a veinte, treinta o cincuenta años⁸.

Sin embargo, es posible que la peculiar capacidad de la universidad para estimular investigaciones desinteresadas a largo plazo esté tan amenazada como el propio pensamiento a largo plazo. Durante la mayor parte de la historia de las universidades, la responsabilidad de la transmisión de la tradición y de su sometimiento a examen crítico ha estado a cargo de las Humanidades⁹. Hoy, estos temas comprenden el estudio de Lenguas, Literatura, Arte, Música, Filosofía e Historia, pero en su concepción original se extendían a todas las cuestiones no

profesionales, incluso la Lógica y la Retórica, aunque dejaban a un lado el Derecho, la Medicina y la Teología. Su finalidad pedagógica consistía precisamente en no ser instrumentales, es decir, en examinar teorías y ejemplos, en plantear interrogantes y aportar medios para responder a ellos, nunca en proponer objetivos ni estrategias prácticos. Cuando la universidad medieval se transformó en la moderna universidad de investigación y cuando las fundaciones privadas se vieron sometidas al control y la financiación públicos, las metas de las Humanidades fueron objeto de crecientes controles y de un cuestionamiento cada vez más intenso. Durante por lo menos el siglo pasado, dondequiera que estas disciplinas se hubieran enseñado o estudiado, tuvo lugar un debate acerca de su «pertinencia» y de su «valor». La misión de transmisoras de cuestiones acerca del valor –y de cuestionadoras de los valores– que desempeñaran a lo largo de siglos, e incluso de milenios, fue un factor decisivo en la defensa de las Humanidades. Toda búsqueda de antidotos al cortoplacismo debe comenzar por ellas.

No obstante, en todas partes se dice que las Humanidades están en «crisis». Más específicamente, la expresidenta de la American Historical Association, Lynn Hunt, ha sostenido hace poco que el campo de la «Historia está en crisis, y no sólo en una crisis de presupuestos universitarios»¹⁰. No hay en esto nada nuevo, pues la ventaja de una perspectiva histórica reside en saber que las Humanidades han estado en crisis recurrente durante por lo menos los últimos cincuenta años. Las amenazas han variado de un país a otro y de una década a otra, pero algunos de sus enemigos son comunes a todos los casos. Las Humanida-

des pueden parecer «blandas» e indiferenciadas en sus hallazgos si se las compara con las llamadas Ciencias «duras». Pueden parecer un lujo, incluso una extravagancia, en contraposición con las disciplinas orientadas a las carreras especializadas, como la Economía o el Derecho. Raramente compiten con el *software*, la ingeniería y la clientela farmacéutica en la puja por establecer relaciones de alto rendimiento. Y pueden ser vulnerables a las nuevas tecnologías, que podrían convertir en insustanciales, en carentes de interés, los métodos distintivos de las Humanidades, como son la lectura rigurosa de los textos, la apreciación de valores abstractos y la promoción de la reflexión sobre el razonamiento instrumental. Las Humanidades son accesorias (no instrumentales), obsoletas (no efervescentes) cada vez más vulnerables (no adaptables tecnológicamente), o eso es lo que quieren hacernos creer sus detractores y quienes no creen en ellas¹¹.

La crisis de la universidad se ha hecho aguda por diversas razones. La acumulación y la divulgación de conocimiento a través de la enseñanza y la edición están experimentando cambios más profundos que en cualquier otro momento de los últimos quinientos años. En muchos lugares del mundo, en particular en Estados Unidos, los padres y los estudiantes han heredado una universidad reconvertida en motor especializado de destreza, a menudo dominada por las disciplinas estrella de la Física, la Economía y la Neurociencia, diseñadas para producir objetos y registrar cifras, y a menudo insensible a otras tradiciones del aprendizaje. Mucho se ha analizado la más reciente de las «crisis de las Humanida-

des» y sus causas han sido objeto de un amplio debate. Al parecer, las inscripciones en los cursos de Humanidades han disminuido en relación con los niveles históricos. Los masivos cursos abiertos *online* parecen augurar la desaparición de la enseñanza en pequeños grupos y los procesos íntimos de interacción entre profesores y estudiantes. Las fronteras cambiantes entre disciplinas humanísticas y científicas pueden hacer que esta manera de abordar las Humanidades sea anticuada o superflua. Las restricciones de las aportaciones públicas y las donaciones privadas presionan a las universidades, desde fuera, para que produzcan valor y, desde dentro, para que demuestren su viabilidad. Los profesores de Humanidades pueden experimentar el combate contra estos desafíos desde dentro y desde fuera como una lucha contra la hidra de muchas cabezas; esto es, una lucha hercúlea –y por tanto heroica– pero incesante, pues cada victoria comporta un nuevo adversario.

Tanto los administradores como los académicos y los estudiantes se debaten por afrontar todos estos desafíos a la vez. Tienen que luchar para encontrar una manera de proceder que preserve en su seno las virtudes distintivas de la universidad, así como las de las Humanidades y las Ciencias sociohistóricas. De un modo particularmente importante necesitan expertos capaces de ver más allá de las preocupaciones sectoriales de las disciplinas demasiado ligadas a la financiación clientelar, el próximo ciclo económico o la próxima elección. Sin duda, en una crisis de cortoplacismo, nuestro mundo necesita volver en algún lugar a la información sobre la relación entre el pasado y el futuro. Lo que nosotros sostenemos es

que la Historia –esto es, la disciplina y su tema de estudio– puede ser precisamente el árbitro que necesitamos en esta época crítica.

* * *

Tal vez todo intento público importante de encontrar soluciones al cortoplacismo en los departamentos de Historia de la mayoría de las universidades haya sido decepcionante, al menos hasta hace muy poco. Como documentamos en los capítulos que siguen, en otra época los historiadores ofrecían relatos a gran escala, pero desde hace unos cuarenta años, muchos de ellos, cuando no la mayoría, han dejado de hacerlo. Durante dos generaciones, entre aproximadamente 1975 y 2005, la mayor parte de sus estudios abarcaron arcos temporales de entre cinco y quince años, más o menos el período de una vida humana adulta. La comprensión del tiempo en el trabajo histórico tiene una clara ilustración en el intervalo de tiempo que cubren las tesis doctorales en Estados Unidos, país que adoptó primero el modelo alemán de educación doctoral y luego produjo doctorados de Historia de primer nivel mundial. En 1900, el período que abarcaban las tesis doctorales de Historia en Estados Unidos rondaba los setenta y cinco años; en 1975 se acercaba a treinta. El dominio de los archivos, el pleno control de una historiografía en constante crecimiento y el imperativo de reconstruir y analizar detalles cada vez más precisos han llegado a convertirse en los rasgos característicos de la profesionalidad en Historia. Más adelante documentaremos por qué y cómo se ha producido